página 338 en francés, o la del la página 325 en castellano) el asunto queda zanjado. En ambos casos se cita a Hegel: «... et cette négativité, cette subjectivité, ce Je, la liberté, sont les principes du mal et du souffrir. Jakob Boehme a saisi l'ipséité comme la *peine* et le *tourment* (*Qual*), et comme la *source* (*Quelle*) de la nature et de l'esprit (*Encyclopédie*, tr. M. de Gandillac, p. 422. Cf. aussi n. 11)». O sea que *Tourment* (*tortura*) = alemán: *Qual*, y *source* (*fuerza*) = alemán: *Quelle*. ¿Se había enterado el traductor? o ¿en qué pensaría? Que *Quelle* podía ser el femenino de un *quel* (*cual*) remitiendo al célebre *Tel quel* (*tal cual*) de Valéry? Vayan ustedes a saber...

En resumen, una versión castellana que, aunque sólo haya sido examinada en unas cuantas páginas, deja bastante que desear. En algunas ocasiones, el anónimo traductor parece que haya querido ceñirse muy de cerca a la letra del texto, utilizando giros que suenan a galicismos. Pero sobre ese punto, ya se sabe ... y lo había dicho Voltaire, con absoluta contundencia: «Malheur aux faiseurs de traductions littérales, qui en traduisant chaque parole énervent le sens! C'est bien là qu'on peut dire que la lettre tue, et que l'esprit vivifie...» (*Lettres philosophiques*, XVIII).

Manuel A. Tost Planet

I. KANT, *La religión dentro de los límites de la sola razón*, traducción de José María Quintana Cabanas, PPU, Barcelona, 1989.

La característica más general de la presente traducción me parece ser la de una traducción esencialmente literal en el propósito, lo cual no excluye el que, precisamente debido a esa intención, en muchas ocasiones no lo sea, y en otras lo sea falsamente. El cotejo del texto traducido con el original me ha producido asimismo la impresión de que el traductor, por lo general, ha entendido el texto alemán mejor de lo

que ha sabido reproducirlo en castellano. En esta apreciación global quedan expresadas, a mi juicio, las virtudes y los vicios de la presente traducción.

Ante todo hay que confesar que el lenguaje de Kant no se destaca precisamente por la transparencia de dicción. Su pensamiento parece sin duda más claro que sus formulaciones, frecuentemente recargadas y prolijas. Por esto, una traducción literal de Kant no puede menos de resultar también recargada y oscura. ¿Es posible, entonces una traducción? Sin duda que sí, aunque ello requiere la debida pericia en el traductor. En este aspecto, la presente traducción me parece deficiente. El empeño de reproducir fielmente el contenido —legítimo y necesario en todo caso— hace aquí que la expresión castellana discorra en muchas ocasiones forzada y tosca, agobiada por las sobrecargas del texto alemán. Todo traductor debe proceder con seguridad, tanto cuando se trata de permanecer pegado a la letra, como cuando es preciso desprenderse de ella. Esto último es en ocasiones inevitable al traducir del alemán; de lo contrario, la redacción castellana resulta pesada y extraña. De este defecto adolece gravemente la traducción que reseñamos. En ocasiones, más que literalmente se traduce materialmente. También se echa de menos la concisión. El traductor emplea el procedimiento habitual de sustituir los demostrativos, muy frecuentes en el original, por el antecedente a que se refieren, repitiéndolo, con lo cual el texto se alarga innecesariamente.

Prescindiendo de citar lugares y casos concretos del texto (lo cual alargaría excesivamente esta reseña), el frecuente desacierto en la versión se puede contemplar acumulado en el índice, y por consiguiente en los epígrafes de la obra. Aquí, además de incoherencias en la elección de términos, abundan las inexactitudes, por ejemplo en la traducción de palabras y expresiones como éstas: *Einwohnung*, *Rechtsanspruch*, *Kampf... mit einander*, *Gründung* (traducido una vez con acierto por «instauración» y luego con menos

acuerdo —pues no parece haber motivo— por «fundación»), *ethischer Naturzustand*, *Begriff eines ethischen gemeinen Wesens*, *Pfaffenthum*, *Tempeldienst*, *Kirchendienst* (expresiones estas dos últimas que no se refieren al «culto de templos» y «culto de iglesias», como dice el traductor —p. 179—, sino al culto ritual, cuyo lugar es el templo, y al culto espiritual en la comunidad de creyentes. Parece raro que no haya notado el traductor el mal sonido de una expresión como ésta: «Representación histórica de la progresiva fundación de la dominación...». Y éste no es el único ejemplo de expresión malsonante.

Finalmente, un fenómeno curioso en esta traducción (cosa que, yo creo, no debe permitirse un traductor): la introducción, entre corchetes dentro del texto, de la palabra alemana en casos en que, al parecer, el traductor se ha creído que la versión dada, o no expresa lo suficiente el concepto, o caben sentidos diversos; para lo que, en ocasiones, ha añadido una nueva versión,

un nuevo término castellano dentro del corchete. Este procedimiento se repite dieciocho veces. Un ejemplo, que ocurre en dos ocasiones, «...servicio [*Dienst*, culto] que han de hacer a Dios» (p. 111). Si el traductor hubiese caído en la cuenta de que diciendo: culto que han de rendir o culto que han de tributar a Dios, quedaba ya incluida la idea de servicio y vasallaje, no hubiera necesitado hacer uso de tal recurso, que implica la contradicción de aclarar lo no bien traducido por lo no traducido, por la palabra original. Entre tanto, «hacer un servicio» es lo más manido que se puede decir en castellano. La tarea del traductor no es ilustrar con glosas intercaladas dentro del texto traducido el sentido del mismo. Sólo en ocasiones suelen ponerse algunas notas aclaratorias al pie de página, como nota del traductor. Pues la cruz del traductor, y también su arte, están en saber elegir.

J. A. Collado